César Ricardo Azamar Cruz*

Masculinidades: algunas notas sobre sus crisis, retos y perspectivas

Masculinities: notes on its crises, challenges, and perspectives

Resumen

La masculinidad no es una condición inherente al cuerpo del varón, sino que es una construcción cultural, con matices y fisuras. Al apostar por la racionalidad, los hombres niegan y excluyen su lado emotivo; con ello deviene lo que se conoce como crisis de las masculinidades. Los retos para afrontar las nuevas maneras de vivir la masculinidad deben contar con la participación de los hombres, pero también la de las mujeres.

Palabras clave: masculinidades, género, afectos

Abstract

Masculinity is not an inherent condition of the male body. Rather, it is a cultural construct with many subtleties and shades. Men lean towards rationality at the expense of emotionality, and as a result of this, fall into a crisis of masculinity. The challenges of living the new types of masculinity must be faced with the participation of men, but also of women.

Key words: masculinities, gender, affects

Fuentes Humanísticas > Año 29 > Número 51 > II Semestre 2015 > pp. 57-73
Fecha de recepción 18/02/2015 > Fecha de aceptación 12/10/2015

* Universidad Veracruzana.

¿Qué significa ser o sentirse hombre? ¿Qué exige ser "masculino"? ¿Qué se entiende por *masculinidad*? ¿Qué supone ser *macho* u hombre-hombre? ¿De cuántas maneras se puede ser "masculino"? Lo anterior nos invita a reflexionar sobre la relación que existe entre nacer hombre y ser (o no) masculino, entre sentir unas experiencias "propias" de la masculinidad y actuarlas de una u otra manera, porque la masculinidad no es una sino muchas. Y está en crisis.

El presente trabajo gira en torno a las masculinidades, algunas de sus expresiones y los posibles derroteros en un entramado social complejo y cambiante. Dicha propuesta está orientada desde una perspectiva de género que me permite observar el espacio social, identificar quiénes lo ocupan y qué hacen en él quienes están ahí. Como refiere Coltrane, la perspectiva (en este caso la de género) parte del hecho de que la vida cotidiana estructura la percepción, las actitudes y las formas de conocimiento, asimismo:

> Este tipo de análisis, al concentrarse en cómo el género y sus perspectivas relacionadas son construidas socialmente bajo condiciones microestructurales específicas, puede decirnos mucho acerca de la creación y el mantenimiento de las diferencias de género y la desigualdad de los géneros.[1]

Al respecto, cabe señalar que la masculinidad (como la feminidad) acontece *situada* social, histórica y culturalmente; es siempre relativa y variable. De este modo, hay hombres "normales", machos, masculinos, viriles, fuertes, metrosexuales, "femeninos" y afeminados, pero también existen muchos más, la mayoría quizá, que siendo varones (bio-hombres en la expresión de Preciado),[2] no encajan en la descripción de lo que se asume que debe ser un hombre, lo que comprendemos como masculino o lo que se define como masculinidades. En plural, porque así como la masculinidad no es una condición inherente al cuerpo del varón, tampoco es una sola ni inmutable ni constante, sino que es una construcción cultural, con matices y fisuras, cambiante y múltiple.

Definiendo las masculinidades

Plantearse cómo se conforma la masculinidad,[3] su acceso y ejercicio, significa ya haber dado un primer paso: la reflexión. Pues implica asumir que lo masculino no es una condición *dada* en el cuerpo de los varones, sino una construcción cultural cuyo significado varía según el contexto cultural, social, económico, político, sexual, religioso, etario en el que se le sitúe. Al respecto Soto afirma:

> La masculinidad tradicional está compuesta por una constelación de valores, creencias, actitudes y conductas que persiguen el poder y la autoridad sobre las

[1] Scott Coltrane, "La teorización de las masculinidades en la ciencia social contemporánea", *La Ventana*, pp. 36-37.

[2] Beatriz Preciado, *Testo yonqui*.

[3] Entre los autores con amplia trayectoria en la investigación sobre las masculinidades destacan: Badinter, Lomas y Bonino, en España; Bourdieu, Clare, Connell, Gutmann, Kimmel, Seidler, Sketon en el mundo anglosajón, y en el ámbito latinoamericano: Domínguez Ruvalcaba, Núñez Noriega, Parrini, Juan Carlos Ramírez, entre otros; los más representativos de ellos aparecen citados en este texto.

> personas que considera débiles. Para conseguir esta dominación, ciertas formas de opresión, la coacción y la violencia son procedimientos utilizados por el machismo para someter los derechos de otras personas a las que esta oligarquía considera como inferiores. Desde este punto de vista, la masculinidad androcéntrica es una forma de relacionarse y supone un manejo del poder que mantiene las desigualdades existentes entre hombres y mujeres en el ámbito personal, económico, político y social.[4]

Aceptar que la masculinidad es una construcción histórica supone también *desnaturalizar* el trinomio cuerpo-género-deseo (hombre-masculino-heterosexual y mujer-femenina-heterosexual) que ha erigido el sistema sexo/género[5] y que enmarca la experiencia cotidiana de las mujeres y de los hombres en el régimen aparentemente inflexible de la *heterosexualidad obligatoria*.[6] Implica también, *desencializar* los atributos asignados a cada uno de los cuerpos a partir de su diferenciación sexual y roles sociales. Sobre todo, porque:

> [...] históricamente, las experiencias de los hombres han sido universalizadas, permitiéndoles ignorar la discriminación contra las mujeres y legitimar la dominación masculina.[7]

Así, la masculinidad se asocia con la racionalidad, fuerza, agresión, competencia, mente, ciencia, actividad e independencia; mientras que a lo femenino se le relaciona con emoción, fragilidad, cuidado, cooperación, cuerpo, naturaleza, artes, pasividad y dependencia. De ahí, que sea necesario *redefinir* qué debemos entender por masculinidad y qué por feminidad[8]. Gutmann propone cuatro definiciones para *explicar* la masculinidad:

> El primer concepto de masculinidad es, por definición, cualquier cosa que los hombres *piensen y hagan*. El segundo afirma que la masculinidad es todo lo que los hombres *piensen y hagan para ser* hombres. El tercero plantea que algunos hombres, inherentemente o por adscripción, son considerados "más hombres" que otros hombres. La última forma de abordar la masculinidad subraya la importancia central y general de las relaciones masculino-femenino, de tal manera que la masculinidad es cualquier cosa que no sean las mujeres.[9]

¿Qué ocurre con los hombres que *no piensan ni hacen* aquello que se supone deben realizar para ser tales? ¿Dejan por ello de ser varones? ¿Qué sucede con las mujeres que llevan a cabo las acciones que *definen*

[4] Gonzalo G. Soto, "Nuevas masculinidades o nuevos hombres nuevos: el deber de los hombres en la lucha contra la violencia de género", *Scientia Helmántica. Revista Internacional de Filosofía*, p. 98.

[5] Conjunto de acuerdos mediante los cuales la sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en las cuales estas necesidades sexuales transformadas son satisfechas. Véase Gayle Rubin, "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo", p. 37.

[6] Entendida como una institución política al servicio de un sujeto hegemónico que no desea perder su lugar privilegiado. Es también, una institución política que divide a las personas en dos grupos excluyentes en los que uno de ellos oprime al otro/diferente. Adrienne Rich, "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 5, pp. 631-60.

[7] Scott Coltrane, *loc. cit.,* p. 17.

[8] Para objeto de este texto, me centraré únicamente en el caso de las masculinidades.

[9] Matthew Gutmann, *Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad,* p. 2.

a los hombres? ¿Las convierte en varones? ¿Las *desmujeriza* o *desfeminiza*? La masculinidad se considera preceptiva para los individuos de sexo biológico masculino pero se estigmatiza socialmente en los de sexo biológico femenino. De este tipo de asociaciones esencialistas nos previene el género, "esa construcción cultural de la diferencia sexual, aludiendo a las relaciones sociales de los sexos".[10] Asimismo, el género ha sido definido:

> Como una propiedad inherente a los individuos o como una relación interpersonal, así como una forma de organización social; el género es también un estatus social o una marca sexual que determina ciertos roles sexuales. Ha sido también considerado una estructura de la conciencia o una ideología internalizada. Es a la vez un efecto del lenguaje, un modo de percepción, una suerte de clasificación binaria, relaciones de poder manifestadas como dominación y subordinación, una cárcel o un fenómeno universal.[11]

De este modo, se muestra que no solamente son las acciones y los pensamientos de las mujeres y de los hombres quienes obran la feminidad y la masculinidad en los cuerpos, sino las posiciones que los sujetos ocupan en el escenario social (y sexual) cotidiano. Colocado en el lugar de privilegio o reconocimiento, la masculinidad es un estatus al que *deben* aspirar todos los hombres, no sin obstáculos ni sin asumir los costos: "la condición masculina en el sentido de *vir* supone un deber-ser, una *virtus*, que se impone a 'eso es natural', indiscutible".[12]

La masculinidad devenida *virtud*, conlleva aceptar la feminidad como un *defecto*, idea y acción que es necesario superar.[13] Dado que el género es una categoría relacional, la asunción de aciertos en un cuerpo supondrá *de facto* el reconocimiento de fallos en el otro. La tensión entre unos y otras configura, en muchos sentidos, la cotidianeidad de los hombres y de las mujeres enmarcados en una heteronormatividad patriarcal[14] que manda, regula y reproduce la jerarquización y el ejercicio de un poder masculino y heterosexual sobre de las mujeres y el resto de los sujetos ajenos a la posición de prestigio y privilegio hegemónicos, a través de instituciones como la familia, la escuela, la iglesia, el ejército, por citar algunas.

La *masculinidad hegemónica*, entonces, se nos presenta como un modelo de masculinidad (de hombre y de deseo) que

[10] Marta Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual,* p. 332.

[11] Mary Hawkesworth, "Confundir el género", *Debate Feminista,* p. 5.

[12] Pierre Bourdieu, *La dominación masculina,* p. 67.

[13] La misoginia es uno de los aspectos que conforman la construcción de la masculinidad: 23.1% de los mexicanos están de acuerdo con que muchas mujeres son violadas porque provocan a los hombres. Uno de cada cinco mexicanos (21%) considera que es natural que a las mujeres se les prohíban más cosas que a los hombres. 14.5% opina que no hay que gastar tanto en la educación de las hijas porque luego se casan. Primera Encuesta Nacional sobre Discriminación en México.

[14] El patriarcado se instituye sobre la coerción de la práctica obligatoria de la heterosexualidad como norma, de manera que la heteronorma funda el patriarcado, que no es patriarcado a secas sino heteropatriarcado. Como institución dominante en el orden sociosexual, el heteropatriarcado asume diversas formas a lo largo del devenir histórico y según los contextos culturales, pero su núcleo permanece intacto hasta el día de hoy y afianza su dominio mediante la instauración de estereotipos y roles que se asignan a cada uno de los sexos. http://www.latice.org/kvin/es/indykv1002es.html

se impone como el más deseable en un momento dado y que lidera por consenso implícito otros modelos de los que se distingue y a los que subordina en el orden social; lo cual nos lleva a plantearnos: ¿Qué significa ser un hombre "de verdad"? ¿Quién puede llegar a serlo?

La masculinidad es una dimensión del orden de género que remite a una estructura de relaciones sociales.[15] Al respecto Kimmel señala que las masculinidades son relaciones de poder, una constante huida de lo femenino, una validación homosocial y una actuación homófoba, sexista y racista.[16] Podría afirmarse que la masculinidad es una constante y paradójica fuga de sí con miras a encontrarse.

Abordajes para el estudio de las masculinidades

Los *Men's Studies* (en la dirección de cierto feminismo y de los estudios de género) han puesto énfasis en la elaboración y actuación de las masculinidades. Señalan que los hombres también se construyen históricamente, que la masculinidad es una adjetivación con un significado variable y que por lo tanto, puede (y debe) deconstruirse. Las masculinidades se han abordado desde las siguientes perspectivas:

a) Filosófica: afrontando la fundamentación de la masculinidad a partir de la racionalidad ilustrada.
b) Sociológica: explorando cómo las formas de comprensión esencialista se ha desarrollado, mantenido y perpetuado.
c) Antropológica: estudiando las variedades de las experiencias de las masculinidades en contextos especiales.
d) Histórica: afrontando los cambios en el tiempo de las nociones y las prácticas vinculadas a formas de masculinidad.[17]

Desde estos enfoques, es posible concluir que las prácticas que construyen la masculinidad (y la feminidad) son ontoformativas –señala Connell–, discursos y actuaciones que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo, constituyendo "un mundo que tiene una dimensión corporal, pero que no está determinada biológicamente".[18] En tanto que Levinson define las masculinidades y feminidades como un "proceso cultural en el que de manera diferencial, a los cuerpos sexuados se les atribuyen (e imponen) una serie de posibles comportamientos y disposiciones".[19]

Por otra parte, Kimmel señala que la masculinidad se reduce al cumplimiento de ciertos imperativos: "repudio implacable de lo femenino, posesión del poder, el éxito, la riqueza y la posición social; la contención de las emociones y la manifestación constante de osadía varonil y agresividad".[20] La masculinidad también "es una protesta viril: no soy mujer, no

[15] Véase Robert Connell, *Masculinidades.*
[16] Michael Kimmel, "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", p. 8.
[17] Juana M. Sancho *et al.* "Una investigación narrativa en torno al aprendizaje de las masculinidades en la escuela", *Revista mexicana de investigación educativa,* pp. 1158-1159.
[18] Robert Connell, *op. cit.,* p. 100.
[19] Bradley A. Levinson, "Ideologías de género en una escuela secundaria mexicana: hacia una práctica institucional de equidad", *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos,* p.13.
[20] Michael Kimmel, *loc. cit.*

soy un niño, no soy homosexual".[21] Por tanto, ser hombre significa no ser lo otro construido como fallido, limitado, indeseable, inferior. La masculinidad se define más "por lo que un hombre no es, que por lo que es".[22]

Pero la masculinidad también se apoya en la idea de una racionalidad inherente a la condición de hombre y en ésta funda su precariedad afectiva (y quizá todas sus precariedades). La Ilustración establecía una distinción tajante entre razón y naturaleza, y tal división legitimó la supremacía del pensamiento, obviamente masculino, porque según Seidler, ésta es la que se relaciona con la autoridad de una 'masculinidad racional', "como si los hombres pensaran en la razón como algo propio y así legitimaron la organización de la vida privada y pública a su propia imagen".[23]

Al apostar por la racionalidad, los hombres niegan y excluyen su lado emotivo, lo cual a la sazón produce hombres *castrados*, imposibilitados para negociar (dialogar) consigo mismos y con los demás, vulnerables a los afectos, discapacitados para reconocer en su cuerpo otras maneras de sentir; la masculinidad tradicional, hegemónica o patriarcal no se permite un lugar para el deseo. O impone sólo cierta forma de desear.

Seidler apunta que en el seno de la modernidad, los varones hemos aprendido a identificarnos como seres racionales de una manera que hace que el acceso a nuestras emociones nos parezca una amenaza, "ya que puede poner en duda la imagen que aprendemos a sustentar de nosotros mismo como seres libres e independientes".[24]

Pero como el género es una categoría relacional, el ejercicio de lo masculino tanto como el de lo femenino no acontece en el vacío, en este caso, también importa conocer cómo se establecen las relaciones de los varones con otros. En este sentido, la masculinidad es una validación homosocial. Un universo social en el que se forjan relaciones privativas entre los hombres con el fin de consolidar el poder:

> El homosocialismo compromete a los hombres a colaborar entre ellos en aras de sostener cierto constructo del poder, de formarse, reconocerse, corregirse recíprocamente en dicha empresa y de marginar, en los casos más agudos, de castigar a cualquier elemento social que atente contra el libre funcionamiento del poder masculino.[25]

De lo anterior se desprende que no hay masculinidad sin el visto bueno de los otros hombres (ni de las mujeres); por lo que ésta se convierte en una posición a defender constantemente:

> [...] nuestros esfuerzos por mantener una fachada varonil cubre todo lo que hacemos. Lo que usamos. Cómo caminamos. Qué comemos. Cada amaneramiento, cada movimiento contiene un lenguaje codificado de género.[26]

[21] Elisabeth Badinter, *xy, la identidad masculina,* p. 79.
[22] Matthew C. Gutmann, *loc. cit.*, p. 2.
[23] Víctor Seidler, *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social,* p.26.
[24] *Ibid.*, p. 204.
[25] David W. Foster, *Ensayos sobre culturas homoeróticas latinoamericanas*, p. 145.
[26] Michael Kimmel, *loc. cit.*, p. 12.

La necesidad continua de mostrar que se es hombre atraviesa todos los ámbitos (personal, social, privado, público) de los varones. Los marca. Los estigmatiza.[27]

Un hombre *sancionado* por no aprobar la ecuación homosocial (ser un hombre de verdad; donde "hombre" se sobreentiende, la mayoría de las veces, como heterosexual), raya en los *defectos* (siempre desde la óptica más retrógrada de la masculinidad tradicional: sexismo, misoginia, homofobia) que conlleva el ser mujer; entra en el campo de lo indeterminado sexual: "todo lo que no sea identificable como masculino pasa a ser repudiado".[28] Ser hombre (en muchos ámbitos) implica cargar con la sospecha de no serlo o no parecerlo lo suficiente para los demás e incluso para sí mismo. Y esta situación es la que posibilita actitudes homofóbicas, sexistas y de racismo o discriminación.

Y dado que la masculinidad es una aprobación homosocial, "su emoción más destacada es el miedo".[29] El temor a no ser considerado varón, el pánico a ser confundido con una mujer; la sospecha continua de no parecer lo suficientemente hombre (heterosexual), el terror a ser confundido como homosexual y ser señalado como infantil e inmaduro. Este miedo explica (que no justifica) el *terrorismo sexual* que (algunos) hombres ejercen sobre otros hombres y sobre sí mismos.

Para evitar cualquier resquicio de feminidad que ponga en entredicho el estatus de masculino y de heterosexual de un varón, se recurre al señalamiento y a la acusación del otro: es aquel quien está *contaminado* por estar siempre rodeado de mujeres: "la compañía masculina es preferible a la femenina salvo en la intimidad sexual".[30] Mandato y prerrogativa de la heteronormatividad patriarcal. Por eso suele ser otro quien porta características femeninas; son los demás hombres los que no rechazan lo suficientemente aquello que los aproxima a las mujeres; los otros son los *afeminados*.

Quien acusa (señala y azuza reclamando un escarmiento para el hombre "fallido") es comúnmente un *verdadero* hombre, un varón que se arroga la autoridad para desvalorizar a los otros, alguien que se erige como modelo de virilidad a ser imitado. Una masculinidad impenetrable. "Un macho que sólo parece reconocer como deber y responsabilidad la erección puntualísima".[31] Tal es el juego *sucio* que juegan los hombres: juez, acusado y defensor al mismo tiempo.

"El deseo homoerótico es desechado como deseo femenino, en cuanto es el deseo por otros hombres".[32] Afirmación que engarza con lo señalado por Pedro Lemebel:

> Los hombres no aman a las mujeres [...] Los hombres aman a otros hombres, no a ellas. Por eso ellas sufren tanto y siempre

[27] Los griegos crearon el término *estigma* para referirse a signos corporales con los cuales se intentaba exhibir algo malo y poco habitual en el estatus moral de quien los presentaba. Un estigma es una clase especial de relación entre atributo y estereotipo. E. Goffman, *Estigma. La identidad deteriorada,* pp. 14-16. El homosocialismo coloca sobre los cuerpos de los varones, una serie de signos y señales que los marcan para advertir a los otros hombres (y de alguna manera también a las mujeres) de los riesgos de *perder* masculinidad.

[28] David W. Foster, *op. cit.,* p. 145.

[29] Michael Kimmel, *loc. cit.,* p. 8.

[30] Carlos Lomas, *¿El otoño del patriarcado? Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres,* p. 4.

[31] David W. Foster, *op. cit.,* p. 105.

[32] Carlos Lomas, *op. cit.,* p. 9.

> están reclamando que los maridos las quieran. Porque no las quieren de verdad [...]. Los hombres no aman a las mujeres.[33]

La sola suposición de ser tocado (se asume que este roce tiene connotaciones eróticas) por otro hombre, suscita en la mayoría un rechazo contundente, seguido de una desaprobación pública unánime; un reclamo violento a quien plantea tal situación aparejado con la sospecha de no ser hombre, y el desprecio tácito a quienes asumen esa posibilidad como un hecho. A los *verdaderos* hombres les gustan las mujeres *verdaderas*, al menos es lo que se afirma en voz alta, lo que acontece en la intimidad de cada cuerpo masculino puede ser otra realidad.[34]

Pensemos en los tocamientos frecuentes que se hacen algunos hombres durante un partido de futbol y en la celebración del gol, el roce físico frecuente en un combate de box o durante la práctica de sumisión en un combate de la UFC o en la lucha libre, entre otros ejemplos reconocibles. ¿Qué pasa con la masculinidad (y la asumida como dada heterosexualidad) de los varones en este tipo de acercamientos? ¿Cómo son o deben ser leídos e interpretados? ¿Quién puede realizar estos encuentros homoeróticos sin ser acusado de falta de hombría (heterosexualidad)?

Ser hombre significa no ser maricón ni bisexual, ni contemplar siquiera la posibilidad del contacto íntimo con otro hombre; no ser penetrado por ninguno de los orificios corporales. Exige también no ser niño, no ser femenino, no ser mujer. Y para demostrar que se es hombre "de verdad" se despliega toda una gama de discursos y prácticas homófobas (señas, insultos como la palabra "puto") y sexistas (piropos que devienen agresión verbal, albures), que pretenden desaparecer del cuerpo de los hombres toda asociación con lo femenino que pueda menguar la virilidad de los varones. Para ello están los centinelas de la masculinidad; la policía social que aspira a mantener el orden en el entramado jerárquico del género (y del deseo):

> El padre es el primer hombre que evalúa el desempeño masculino del muchacho, el primer par de *ojos* de varón frente a los cuales él se trata de probar a sí mismo. Esos *ojos* lo seguirán el resto de su vida. Otros *ojos* de hombre se unirán a aquellos; los *ojos de* los modelos, tales como los maestros, los entrenadores, los jefes, o de héroes de los medios de comunicación; los *ojos* de sus pares, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo; y los *ojos* de muchos otros hombres, vivos y muertos, de cuyo constante escrutinio su desempeño no se encontrará jamás libre.[35]

La sospecha de no ser lo suficientemente hombre alimenta el proceso constante de hacerse y ser hombre; renunciar a esta empresa significa renunciar al privilegio de ser varón (heterosexual). Así, la experiencia de la masculinidad (en varones heterosexuales, pero aun los hombres homosexuales; de ahí la hipermasculinización de muchos) implica una naturaleza incombustible que no es posible (inten-

[33] Entrevista de Pedro Lemebel realizada por Facundo R. Soto, "Una tarde con Lemebel".

[34] Respecto a las prácticas sexuales que los hombres mantienen con otros hombres, véase Guillermo Núñez Noriega, *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*.

[35] Carlos Lomas, *op. cit.*, p. 9.

tar) llevar a cabo sin sucumbir. De suerte que todo ejercicio de la masculinidad es *fracasada* en tanto que es incompleta.

Crisis de las masculinidades

La imposición del género parece condenar al cuerpo a un determinismo social (y sexual). Sin embargo, existen resistencias, que devienen en otras masculinidades (y feminidades), a partir de la articulación de otras (nuevas) expresiones del ser-sentir-pensar-vivir el ser hombre y el ser mujer, así como la noción de masculino y femenino.

La demostración constante (y desgastante, para muchos) de la masculinidad, lleva a algunos a señalar que en este respecto, "lo nuclear no radica en conocer qué es *ser* hombre sino cómo *hacerse* hombre" y antropológicamente, apunta Vendrell, existen al menos dos vías: "el de la iniciación, y el camino que podríamos llamar 'gradual'".[36] A pesar de que los "ritos de iniciación" son también procesos que no marcan *de facto* el paso del sujeto de un estado anterior (no-hombre) a uno posterior (hombre de verdad).

Para Badinter, la masculinidad "se aprende y se construye; por lo tanto, también se puede cambiar".[37] Pero habría que tener claro para qué se quiere esa variación y desde qué marcos se promovería ese cambio. Se puede observar cotidianamente a algunos hombres que no se sujetan a una actuación tradicional de lo masculino, y a no pocas mujeres que se comportan siguiendo parámetros de la masculinidad. Y también vale señalar lo anterior con respecto al ejercicio de la feminidad. Sin que ello se traduzca en discursos y prácticas de equidad entre un género y otro.

La masculinidad, entonces, es una actitud que se aprende, un punto de vista sobre el otro que se enseña y se educa. No es un proceso que suceda en solitario sino en conjunto. Comienza en la familia y se va desarrollando en la convivencia diaria con otros varones y otros agentes: la escuela, los medios de comunicación, la religión, el trabajo, la familia o la ausencia de la misma. Lo cierto es que la masculinidad tradicionalmente, más que *asumirse* se *representa*.

Lo anterior en tanto que el papel de "hombre" se actúa cada día, a partir de la repetición de ciertas conductas y la apelación de ciertas formas sociales con el fin de conseguir el "efecto hombre" (lo mismo sucede para lograr el "efecto mujer"). La masculinidad, entonces, es una actuación en un escenario social con múltiples espectadores: un performance.[38] Ser hombre *significa* manifestar fortaleza, decisión, riesgo, valentía, entre otras acciones, así como ocultar el miedo, la tristeza, el dolor y resistir estoicamente las duras pruebas de la virilidad.

Muchos varones sufren una gran carga de inseguridad sobre cuál es su papel, y tienen miedo a perder importancia o a

[36] Joan Vendrell F., "Masculinidades juveniles", Alfredo Nateras (comp.) *Jóvenes, culturas e identidades urbanas,* p. 368.

[37] Elisabeth Badinter, *op. cit.*, p. 18.

[38] Judith Butler plante el género como un acto performativo como una forma de explicar el movimiento relacional de naturalización artificial que se exige al sujeto individual para producir y reafirmar la correspondencia entre sexo, género y sexualidad, una alineación ideal que en realidad es cuestionada por la singularidad de forma constante y falla permanentemente. Véase *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad.*

sacrificar su virilidad. No saben relacionarse con otros hombres en contextos como el laboral o escolar por ejemplo, ni con hombres asumidos gays, bisexuales o travestidos, y odian a las mujeres feministas (y a las que se resisten a representar el papel de mujer "tradicional"), y algunos emplean la violencia, tratando desesperadamente de ejercer su poder sobre su entorno, especialmente sobre las mujeres cercanas u hombres que consideran inferiores.

En todo el planeta, los hombres se suicidan más que las mujeres y mueren en actos de imprudencia porque tienen menos herramientas para gestionar sus emociones. "No saben cómo hacer frente al miedo, al odio, a la desesperación, a la tristeza; por eso es frecuente que recurran a la violencia, contra sí mismos o contra los demás".[39]

¿Qué tipo de varón es aquél que sabe expresar sus afectos y sus emociones sin recurrir a formas violentas? ¿Existen varones que han sentido la necesidad de "abrirse" con alguien y no se ha atrevido a hacerlo por temor a lo que piensen de ellos? Por experimentar flaqueza o temor, ¿un hombre deja de ser lo suficientemente hombre? ¿Es verdad que ser gay significa no ser hombre? ¿Cómo se adquiere este tipo de conocimiento y a qué obliga a los hombres a realizar cotidianamente? ¿A qué renuncian los varones para mantener el estatus de hombre?

"Sucede que me canso de ser hombre", refiere Neruda en su poema "Walking around". ¿De verdad cansa ser hombre? ¿Qué tipo de hombre es el que "cansa" representar? Dado que se asume que hay múltiples maneras de asumir la vivencia de la masculinidad, Montesinos propone una tipología de masculinidades en la cual identifica el despliegue de los distintos roles de los varones: el "rey benévolo", el "macho" y el "mandilón". Así como también la del "varón pos antiguo", el "varón en crisis", el "varón domesticado", el "varón moderno", el "varón campante" y la "máquina de placer",[40] este último es el caso de varones vertidos todo el tiempo a seducir a alguna mujer, casi cualquier mujer. Reflexionando al respecto, seguro que cansa ser hombre.

Otro *deber* de los hombres que también está en crisis es el de considerar que la masculinidad conlleva la heterosexualidad obligatoria y la heterosexualidad compulsiva para los hombres (que intenta justificar la violación contra las mujeres e incluso contra algunos hombres; penetrar a otro varón es válido en algunos, ser penetrado, jamás), una masculinidad hegemónica que se manifiesta mediante la rudeza, el valor, el ejercicio de la sexualidad (coitocéntrica; muchas veces promiscua, irresponsable casi siempre), aun con violencia sobre las mujeres u otros hombres más débiles, y la expresión de la masculinidad en el ámbito público (alardear de las aventuras amatorias), espacio por excelencia de la masculinidad hegemónica.

De ahí que en este país sea válido espetarle a alguien "puto" o "puta" sin que apenas existan consecuencias de algún tipo para quien profiere el insulto. Pues existen grupos de hombres detractores de toda crítica hecha a la masculinidad "tradicional", la que se distingue por sus prácticas machistas, homofóbicas y sexistas,

[39]Coral Herrera G., "*La crisis de masculinidad y los "nuevos hombres"*, s/p.

[40]Rafael Montesinos, *Masculinidades emergentes.*

además de misóginas y con alto resentimiento social.

> [Hay hombres] acusados por otros hombres de promover la cultura del hombre blando, de emprender cruzadas junto al feminismo contra la masculinidad, de promover el culto a la emocionalización e impulsar el fracaso masculino ya que según sus detractores promueven valores contrarios a la lucha por la vida (cooperación, igualdad, no violencia, solidaridad, etc.) que según estos críticos es fundamental para triunfar como hombre en esta sociedad.[41]

Es decir, abundan quienes se resisten a aceptar las nuevas dinámicas del ejercicio de la masculinidad, la hombría, así como de la feminidad, añorando espacios y tiempos en los que existía aquello de "lo propio de los hombres" y lo "propio de las mujeres", en consecuencia.

¿Hacia dónde se dirigen las masculinidades? Algunas respuestas

La experiencia demuestra que "no todas las masculinidades triunfan y que éstas se interrelacionan a partir de una compleja trama de relaciones e intercambios sociales que tiene su expresión en el contexto escolar", pero también en otros ámbitos como el laboral, el familiar, el social, entre otros. Este incumplimiento (por defecto) del conveniente ejercicio de la masculinidad (tradicional o hegemónica) tiene su ejemplo en lo que Preciado denomina "machito social":

> Por supuesto todos los bio-hombres no poseen un programa de genderización de *macho de élite*. Muchos han sido biopolíticamente programados como *putitas de barrio*; el problema es que en la actual ecología sexual deben funcionar como machos, con las frustraciones que ello conlleva.[42]

Esta afirmación nos obliga a preguntarnos: ¿La masculinidad *siempre* es heterosexual? ¿Todas las masculinidades aspiran y se dirigen hacia los mismos objetivos? ¿Qué otros deseos caben en las masculinidades? Para dilucidar posibles respuestas planteo el siguiente diálogo de los personajes principales, Jack y Ennis del Mar, del film *Secreto en la montaña*:[43]

> — ¿Sabes?, me he pasado todo ese tiempo dándole vueltas a si yo era... Sé que no lo soy. Quiero decir que los dos tenemos mujer e hijos, ¿verdad? Me gusta hacerlo con mujeres, ya lo creo, pero, por Dios, no hay nada como esto. Nunca he pensado en hacerlo con otro hombre, pero se me ha pasado por la cabeza cien veces pensando en ti. ¿Tú lo haces con otros hombres? ¿Jack?
> — Mierda, no. Dijo Jack, quien había estado montando algo más que toros, sin conformarse. Sabes que es así. El viejo Brokeback nos dio bien fuerte y ya ves que no se ha acabado. Tenemos que pensar qué diablos vamos a hacer ahora.[44]

[41] Gonzalo Soto G., "Nuevas masculinidades o nuevos hombres nuevos: el deber de los hombres en la lucha contra la violencia de género", *Scientia Helmántica. Revista Internacional de Filosofía*, p. 103.

[42] Beatriz Preciado, *op. cit.*, p. 267.

[43] *Brokeback Mountain*, dirigida por Ang Lee.

[44] Beatriz Preciado, *op. cit.*, p. 267.

¿Cómo integrar las emociones y los afectos en la conformación, ejercicio y respeto de otras masculinidades? Coltrane sugiere que al momento de abordar el estudio de las masculinidades se consideren tres aspectos: "a) enfocándose en las emociones de los hombres, b) estudiando a los hombres en grupo, y c) poniendo las experiencias de los hombres en un contexto estructural".[45] Sin embargo, debido a la brevedad de este texto, sólo me referiré al primer aspecto: la emotividad de los varones.

Es cada vez más común ver a padres cuidando de sus hijos e implicados en diversos aspectos de la vida de éstos; chicos involucrados en tareas domésticas o en aquellas remitidas tradicionalmente a las mujeres; hombres expresando cierta sensibilidad más allá de la manifiesta ante un encuentro de futbol, en una reunión con amigos o ante la expectativa de conquista; incluso la manera en que ciertos varones posan ante las cámaras (profesionales o no) dan cuenta de unas maneras de asumir y expresar la masculinidad variadas y quizá, hasta novedosas. Asimismo, es destacable que los hombres en la actualidad también han sido cosificados (algo que las mujeres han experimentado desde tiempo atrás):

> El hombre también es visto como un objeto sexual, que siempre tiene que estar dispuesto a mantener relaciones sexuales, sin importar si la mujer en cuestión le guste o no. En caso contrario, se hace sospechoso de ser homosexual.[46]

Pero esta exigencia de cumplir se traslada además a los varones que mantienen prácticas eróticas no heterosexuales: la resistencia a cumplir su papel de "hombres-hombres" o fracasar en el intento, también los hace sospechosos de ser "nenas" (misoginia y sexismo). De suerte que la emotividad de los varones está cercada por una serie de puyas que lo regresan a un estado de contención cada vez que pretende rebasar los límites que culturalmente lo han contenido durante mucho tiempo, so pena de afrontar las consecuencias de su *desobediencia*.

Otro aspecto que se visibiliza cuando nos detenemos a mirar con perspectiva de género el espacio social, es la manera como gestionan los varones sus en las relaciones que establecen con las mujeres, pero también con otros varones; sin duda son relaciones de poder evidentes, pero invisibilizadas debido a su naturalización. Esta visibilización permite descubrir cómo se desarrollan (negocian, quizá) las posiciones que ocupan tanto los varones como las mujeres en función de variables como el sexo y el género, pero también la edad, la clase social, el color de piel, el credo, entre otras. La emotividad de los varones también está imbricada en relaciones de poder (desear y ser deseado es también una cuestión de virilidad o de su disminución o ausencia).

En este tenor es posible visibilizar que las relaciones de poder no solamente van de los hombres hacia las mujeres (aspecto más que documentado), sino también de éstas a aquéllos. Dichas relaciones pueden estar fundadas en la violencia (o violencias) que ellas acometen contra ellos; muchas veces portadora de una fuerte carga erótica que no se ve:

[45] Scott Coltrane, *op. cit.*, p. 39.
[46] José Gamboa Cetina, "Hombres de papel. Representaciones de la masculinidad en los cómics eróticos mexicanos", p. 139.

> La *violencia en la pareja*, resulta casi impensable, inimaginable, indecible, inenarrable e invisible, la violencia que practican algunas mujeres sobre sus parejas masculinas y, muy especialmente, la que se da también en parejas lésbicas. Tampoco la violencia en parejas gay está en condiciones de ser socialmente "visibilizada", comprendida y prevenida.[47]

Esto se debe a que se ha naturalizado la idea de que únicamente las mujeres pueden ser sujetos de violencia por parte de los hombres. Sin embargo, mostrar que el abuso puede ser padecido por los varones posibilita la construcción de la equidad entre ambos géneros. El fenómeno no es de fácil abordaje ni puede explicarse en unas cuantas líneas; obedece a múltiples causas e implica diversos factores. Por citar un ejemplo:

> El Centro de Atención a la Violencia Intrafamiliar (CAVI) informó que en el primer semestre de 1997, una de cada 10 víctimas de violencia doméstica era varón; pero para el 2006 aumentó al 14.1% en la capital de la República, según el mismo cavi y el DIF.[48]

Las cifras posiblemente serían mayores si todos los varones denunciaran la violencia que padecen de parte de sus parejas mujeres, sobre todo. Trujano *et al.*, afirman que la dinámica del abuso obedece a patrones similares a los que las mujeres padecen por parte de sus parejas varones:

> Si nos detenemos a analizar el patrón de violencia ejercido por las mujeres, las observaciones de los psicólogos apuntan a que es similar cuando ellas son las víctimas, lo que puede llegar al asesinato. Es decir, ellos también sufren violencia física, psicológica, sexual, económica, social y objetal: algunas esposas maltratadoras se burlan en privado o en público del marido, lo intimidan y humillan; lo aíslan de familiares y amigos; le retienen el dinero; lo amenazan con suicidarse o dañar a sus hijos; le impiden trabajar o estudiar; lo chantajean con gritar pidiendo ayuda a los vecinos, seguras de que les creerán a ellas; lo agreden físicamente de propia mano o recurren a terceros (a través de familiares, amigos o amantes) a quienes convencen de que el marido merece ser castigado. Otros indicadores son: intentar vigilar y acaparar todo su tiempo, acusarlo constantemente de infidelidad, enojarse fácilmente, destruirle sus propiedades o cosas con valor sentimental, pegarle, darle bofetadas, patearlo, morderlo, arrancarle cabello, rasguñarlo, amenazar con herirlo a él o a sus hijos e incluso forzarlo a tener sexo contra su voluntad. Así, cada cien varones, cuarenta son agredidos por sus mujeres, existe la tendencia a violentar psicológicamente a los hombres cuestionando su eficacia sexual.[49]

La cita muestra la realidad cotidiana de muchos varones al interior de sus relaciones de pareja (con mujeres o con otros hombres). Una experiencia diaria vivida

[47] Leonor Cantera E., "Más allá del género. Nuevos enfoques de 'nuevas' dimensiones y direcciones de la violencia en pareja", s/p.

[48] Patricia Trujano *et al.*, "Varones víctimas de violencia doméstica: un estudio exploratorio acerca de su percepción y aceptación", *Revista Diversitas. Perspectivas en psicología*, pp. 340-341.

[49] *Ibid.*, pp. 341-342.

desde y con el temor, que obedece un círculo perverso: "acumular tensión, seguida de la crisis o descarga aguda de violencia y por último una fase llamada luna de miel o reconciliatoria, que paradójicamente sienta las bases para el siguiente conflicto".[50]

Vale preguntarnos: ¿Cuántos varones, estudiantes universitarios o trabajadores, se han sentido o han sido violentados por algunas de estas formas de violencia por parte de sus parejas? ¿Cuál ha sido su reacción? ¿Vale la pena permanecer en una relación donde lo que prima es la violencia en alguna de sus múltiples manifestaciones? ¿Puede entenderse que el amor conlleva necesariamente el soportar abusos? ¿Existen maneras de salir de este tipo de relaciones tóxicas?

La frontera entre quien agrede y quien recibe la agresión es imperceptible, porque cabe el riesgo de que entre las dos partes se pacte una suerte de complicidad que entrampe a ambos, lo cual daría pie a una escalada de violencia tal que ésta estructuraría la relación y la definiría como una situación natural en función de su aparente normalidad.

Ni todas las mujeres son malas ni todos los hombres son iguales, de ahí que las generalizaciones no sean convenientes. Pero sí hay que prestar atención a los varones, no solamente en calidad de posibles agresores, sino también en su lugar de presunta víctima:

> Cuando les negamos a las víctimas varones sus derechos los estamos discriminando por su género. Estamos olvidando que la violencia no es natural (sino aprendida), que es dirigida e intencional, y que tiene que ver con poder, con abuso y con control.[51]

Las violencias ejercidas y recibidas por los hombres hacia otros varones y hacia las mujeres son también expresiones negativas de una emotividad aprendida y aprehendida desde diversos ámbitos de socialización en los que en mayor o menor medida "el poder que seduce lleva una relación intrínseca entre poder y belleza",[52] entre violencia y seducción: violentar es también una forma de sentir. Una manera de conjurar el miedo a no ser lo "suficientemente" hombre o el de desear "de más".

Al respecto, Núñez Noriega afirma: "El ideal hegemónico de la masculinidad, cuando se interioriza, produce miedo, ansiedad, porque se basa en la represión constante de una dimensión irrenunciable de la vida, el eros polimorfo y perverso",[53] lo que no justifica, desde luego, el actuar violento, agresivo, sádico, criminal de algunos varones (y no pocas mujeres).

Conclusiones

¿Es posible construir otras formas de masculinidad (y de feminidad)? ¿Desde dónde o cómo sería posible tal conformación? ¿Cuál es o sería la finalidad de favorecer la vivencia de las masculinidades de maneras novedosas o resignificadas sin que esto implique su rechazo y marginación? Pescador, sexólogo e investigador español, propone una serie de

[50] *Ibid.*, p. 342.

[51] *Ibid.*, p. 351.

[52] Héctor Domínguez Ruvalcaba, *Nación criminal. Narrativas del crimen organizado y el Estado mexicano*, p. 18.

[53] Guillermo Núñez Noriega, *op. cit.*, p. 130.

puntos para su reflexión y discusión en torno a la revisión y posible construcción de otras maneras de vivir las masculinidades:

> Cuestionando el patriarcado; desde el deseo de los propios hombres; apostando por algunos de los valores tradicionalmente considerados femeninos; desvelando las ventajas del cambio; con la colaboración de otros hombres y de las mujeres y reconstruyendo el cuerpo masculino para el sentir y la escucha.[54]

Ser hombre y masculino y heterosexual es una exigencia enmarcada en una serie de deberes que no todos los sujetos varones quieren, pueden o aspiran a llevar a cabo. Las maneras de asumir la vivencia del cuerpo desde lo denominado masculino (y femenino) son múltiples y esto posibilita la existencia de masculinidades, que adjetivadas o no, dan cuenta de la diversidad de vías que adoptan los sujetos con respecto de la vivencia de su cuerpo, su género y su sexualidad según su edad, la clase social, color de piel, creencias y los ámbitos en lo que éstos se desenvuelven, si bien condicionadas por su contexto e impelidas también por los obstáculos que éste crea.

De lo anterior, si la masculinidad es una construcción social, situada, múltiple y con fisuras, considero que su resignificación tiene que pasar por una revisión crítica (pero también sentida, emotiva, erotizada) de las consecuencias que su ejercicio ha obrado en los varones y en las mujeres; esto exige la implicación de unos y otros en esta ardua tarea. Así, se torna necesario el cuestionamiento de la masculinidad hegemónica y favorecer la emergencia, presencia y actuación de otras formas (deseables y justas) de entender y vivir la masculinidad. Pluralizarla.

Asimismo, reconocer que la masculinidad es una construcción cultural deconstruible, y en consecuencia reconstruible, con el fin de liberar a los cuerpos de la carga histórica que trae consigo un conjunto de términos cuyos significados se han visto modificados por el tiempo. También es preciso dar cabida a otras maneras de expresar los afectos; permitir la libre circulación (sin censura ni atajos) del deseo en los espacios privados y públicos; conformar nuevos vocabularios que den cuenta de nuevas expresiones de la masculinidad y la feminidad.

Hay que posibilitar que sean otros valores (los de la democracia, por ejemplo) los que definan a un sujeto y no su sexo, género y expresiones eróticas, de suerte que la diferencia enriquezca y no que minimice a las personas. En consecuencia, es imperativo reconocer que no hay únicas, herméticas y uniformes maneras de ser, sino múltiples, no lineales, amorfas, poliédricas formas de pensar, sentir, actuar, desear y vivir la corporalidad en el entramado social.

Halperin asegura que la masculinidad ahora puede ser reconstituida con una forma desvirilizada, es decir, puede ser constituida de forma simbólica o performativa más que falocéntrica.[55] Así, las fugas a la heteronormatividad patriarcal y a la homonormatividad no son la excepción de la norma, sino la confirmación de la existencia de la masculinidad y de la feminidad plurales.

[54] Erick Pescador A., "¿Cómo trabajar en la prevención de la violencia contra las mujeres y la construcción de las relaciones de paz a través de las Masculinidades?", s/p.

[55] David Halperin, *San Foucault*, p. 113.

Bibliografía

Badinter, Elisabeth. *xy, la identidad masculina.* Madrid, Alianza Editorial, 1993.

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina.* Barcelona, Anagrama, 2007.

Connell, Robert. *Masculinidades.* México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género, 2003.

Domínguez Ruvalcaba Héctor. *Nación criminal. Narrativas del crimen organizado y el Estado mexicano.* México, Ariel, 2015.

Foster, David W. *Ensayos sobre culturas homoeróticas latinoamericanas.* Ciudad Juárez, Chihuahua, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2009.

Gamboa Cetina, José. "Hombres de papel. Representaciones de la masculinidad en los cómics eróticos mexicanos", Gina Villagómez V, Elia M. Escoffié A. y Ligia Vera G. (coords.). *Varones y masculinidades en transformación*. Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 2010.

Halperin, David. *San Foucault*. Córdoba, Litoral, 2000.

Lamas, Marta. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual,* México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género, 2003.

Lomas, Carlos. ¿El otoño del patriarcado? Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres. Barcelona, Península, 2008.

Montesinos, Rafael. *Masculinidades emergentes.* México, Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2005.

Preciado, Beatriz. *Testo yonqui.* Madrid, Espasa-Calpe, 2008.

Rubin, Gayle. "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo". Marta Lamas (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual.* México, Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

Seidler, Víctor. *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social.* México, Paidós-Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Vendrell F. Joan. "Masculinidades juveniles". Alfredo Nateras (comp.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas.* México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2002.

Hemerografía

Cantera E., Leonor. "Más allá del género. Nuevos enfoques de 'nuevas' dimensiones y direcciones de la violencia en pareja". *Athenea Digital.* Núm. 6, Barcelona, 2004.

Coltrane, Scott. "La teorización de las masculinidades en la ciencia social contemporánea". *La Ventana.* Núm. 7, Guadalajara, 1998.

Hawkesworth, Mary. "Confundir el género". *Debate Feminista.* Año 10, vol. 20, México, 1999.

Levinson, Bradley A. "Ideologías de género en una escuela secundaria mexicana: hacia una práctica institucional de equidad". *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos,* Núm. 1 México, 1999.

Sancho, Juana M. *et al.* "Una investigación narrativa en torno al aprendizaje de las masculinidades en la escuela". *Re-*

vista Mexicana de Investigación Educativa. Núm. 43, México, 2009.

Soto G. Gonzalo. "Nuevas masculinidades o nuevos hombres nuevos: el deber de los hombres en la lucha contra la violencia de género". *Scientia Helmántica. Revista Internacional de Filosofía.* Núm. 1, Chile, 2013.

Trujano, Patricia *et al.* "Varones víctimas de violencia doméstica: un estudio exploratorio acerca de su percepción y aceptación". *Revista Diversitas. Perspectivas en Psicología*. Núm. 2, Colombia, 2010.

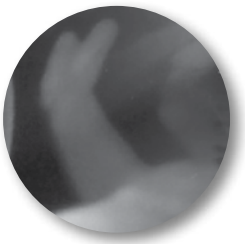
Cibergrafía

Gutmann, Matthew C. *Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad. 1997.* http://www.redmasculinidades.com/content/traficando-con-hombres-la-antropolog%C3%AD-de-la-masculinidad [Consulta 2 de febrero, 2015].

Herrera G., Coral. "*La crisis de masculinidad y los 'nuevos hombres'*". http://www.lr21.com.uy/comunidad/1055105-la-crisis-de-masculinidad-y-los-%E2%80%9Cnuevos-hombres%E2%80%9D [Consulta 1 de febrero, 2015)].

Kimmel, Michael. "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina". http://www.caladona.org/grups/uploads/2008/01/homofobia-temor-verguenza-y-silencio-en-la-identidad-masculina-michael-s-kimmel.pdf [Consulta 2 de febrero, 2015].

Pescador A., Erick. "¿Cómo trabajar en la prevención de la violencia contra las mujeres y la construcción de las relaciones de paz a través de las masculinidades?" http://www.caib.es/sacmicrofront/archivopub.do?ctrl=MCRST456ZI93856&id=93856 [Consulta 18 de febrero, 2015].

Primera Encuesta Nacional sobre Discriminación en México. http://www.conapred.org.mx/userfiles/files/Encuesta_Nal_sobre_discriminacion_resumen.pdf [Consulta 2 de febrero, 2015].

Rodríguez M. María del Carmen y José V. Peña C. "Identidad de género y contexto escolar: una revisión de modelos". http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_112_071168337170421.pdf [Consulta 2 de febrero, 2015].